



CAPITULO II.

LA VOLUNTAD DE UNA DONCELLA.

—¿Se puede hablar á la señora de Péreux? preguntó Antonina al criado que vino á abrirlé la puerta.

—Sí, señorita.

—¿Está sola?

—Absolutamente sola.

—¿Tiene vd. la bondad de anunciarla á la señorita Antonina Devaux?

El criado hizo entrar á la hija del médico al salon, y abrió la puerta del gabinetito donde se hallaba la señora de Péreux.

Apenas hubo pronunciado el nombre que acabán de decirle, cuando ésta se levantó, y corrió al encuentro de Antonina; á quien dijo:

—Vd. es la hija del doctor Devaux, señorita?

—Sí, señora, respondió Antonina.

—Y ha venido vd. acá sola?

—Sola.

—¿Qué sucede, pues, querida niña? preguntó la madre de Edmundo; ¿y cómo es que...

—Sucede, señora, respondió la jôven abrazando á la señora de Péreux, que vengo simple y francamente á preguntarla á vd. si querará ser mi madre?

—Si lo querré... ¡sí, sí que lo quiero! encantadora niña, y estaré orgullosa y feliz con ello.

Al decir esto, la señora de Péreux llevaba á Antonina á su gabinetito, la quitaba el chal, el sombrerillo; la hacia sentar, se sentaba á su lado, y la decia:

—Veamos, querida hija mia, cuénteme, vd. lo que la trae aquí; y la buena madre contemplaba con curiosidad á la jôven que tan preocupado traía á su hijo hacia pocos dias.

—¿El señor de Péreux se halla en casa? dijo Antonina.

—No, pero no debe tardar.

—¿Lo ha visto vd. desde esta mañana?

—Sí.

—¿Nada le ha dicho á vd. respecto de mí?

—Nada, á no ser que ama á vd. ¿no es cierto...? y que vd. le ama un poco...?

—¿Habria yo venido aquí, señora, si no lo amara? ¿Le preguntaria á vd. si querria ser mi madre, si no estuviera resuelta, á ser su mujer...? Sí, lo amo, señora... y puesto que

su felicidad depende de mí, quiero que sea dichoso.

—¡Es vd. encantadora...! Y ¿qué puedo yo hacer por vd., que ama á mi hijo...? Dígamelo vd., y cualquier cosa que sea, lo haré.

—Le ha hablado á vd. de mí?

—No hace otra cosa en todo el día... y yo creia á vd. bonita, pero no tanto como lo es vd.... Mas, veamòs, querida niña, ¿cómo es que vd. se encuentra sola en mi casa... sin que la acompañen su padre ó su aya?

—Es muy sencillo... he prometido mi mano al hijo de vd., señora.

—Cuándo?

—Esta mañana.

—Lo ha visto vd?

—No; pero he visto á uno de sus amigos...

—Gustavo?

—El mismo. El señor Gustavo me ha dicho que Edmundo... que el señor de Péreux—repitió prontamente Antonina ruborizándose—no podria ser dichoso sino casándose conmigo... entònces he hecho el juramento de ser suya, y como prenda, le he enviado el anillo de mi madre, una santa muger como vd., señora.

—Pues nada sabia de todo esto.

—¿Para qué usar de evasivas y lentitudes con los sentimientos? El hijo de vd. me ama; yo sé quién es... yo lo amo, y ya sabe quién

soy... ¿por qué no ser desde luego el uno del otro? ¿por qué retardar voluntariamente su felicidad...? Hay un proverbio que dice: "Mas vale tarde que nunca..." Y conozco uno que seria mejor: "*Mas vale pronto que tarde...!*"

—¡Preciosa niña...! exclamó la señora de Péreux conmovida por aquella franqueza descuidada é inocente.

—Entònces, continuó Antonina, he mandado decir al señor de Péreux, que desde mañana vd. podria ir á pedir para él mi mano á mi padre, y he entrado en el gabinete de éste para darle parte de lo que habia arreglado.

—¿Y qué dijo el señor Devaux?

—Dijo que estaba yo loca, que no podia uno amar á un hombre á quien apenas hace cuatro dias que se conoce, y al cual ni aun se ha hablado, y me ha rehusado lo que le pedia, añadiendo, que si insistia, me pondria en un convento.

—Y entònces...?

—Entònces, como habia hecho un juramento con la firme intencion de cumplirlo—añadió Antonina con una voz grave—y como nada en el mundo será capaz de impedirme que obedezca á esta voz de mi corazon, me he puesto mi sombrero y mi chal, he atravesado las piezas de mi casa de puntillas para no ser oida, he bajado las escaleras, he subido en un coche de

alquiler, y he venido á decirla á vd., señora, lo que la repito: ¿quiere vd. ser mi madre?

Y Antonina abrazó por segunda vez á la señora de Pèreux.

—Es decir, dijo ésta, que su padre de vd. ignora dónde se halla en este momento?

—Pero si vd. me permite que permanezca aquí, voy á mandárselo decir....

—Vendrá á buscar á vd., y se la llevará.

—No, señora, contestó Antonina.

—Lo cree vd?

—Estoy segura de ello: conozco á mi padre. gritará un poco, pero concluirá haciendo lo que yo quiera.

—Sin embargo, lo que vd. está haciendo es grave....

—Por qué?

—Salirse así de la casa de su padre de vd. ...

—Para venir á la casa de vd. ¿Qué mal hay en todo esto? ¿No estoy en la casa de vd. tan segura como en la de mi padre?

—¿Qué ángel va á tener mi hijo por esposa....!!

Antonina y la señora de Pèreux se amaban ya, como si llevaran diez años de conocerse.

—Ahora voy á escribir á mi padre, dijo Antonina.

—Vamos, hija mia, reflexionemos un poco, dijo la buena madre, tomando afectuosamente las manos de Antonina entre las suyas; no se

irá á enojar su padre de vd. por este modo de obrar? Una simple carta para darle una noticia tan importante es muy poco....

—Pues ¿qué haremos entonces?

—Me parece que todo lo podremos conciliar, si vd. quiere seguir mis consejos.

—Hable vd., señora, hable vd.

—Vamos á ir inmediatamente á casa del señor Devaux: yo le diré que vuelvo á vd. á su seno, y que le pido la mano de vd. para mi hijo. Con esto verá él que el proyecto de vd. no es una nimería.... Además, yo le haré conocer mi posición y la de Edmundo.... esto no viene nunca fuera de propósito.

—Vamos, pues, dijo Antonina volviendo á ponerse su chal y su sombrerillo.

En el momento en que las dos mugeres iban á salir del gabinete, el criado abrió la puerta, y anunció en voz alta:

—El señor Devaux.

El médico entró: estaba pálido; veíase que se hallaba poseído de una emoción violenta; pero su rostro se iluminó de placer al ver á su hija.

—¿Cuánto me habías afligido, Antonina....! fueron sus primeras palabras.

Y en efecto, el señor Devaux tuvo casi que apoyarse sobre un mueble para no caer al choqué de su emoción.

Antonina se precipitó hácia su padre, y le saltó al cuello.

—¿Me creías muerta, querido papá? le dijo sonriendo.

—¿Sabe uno acaso á qué atenerse siempre, con el carácter que tienes? dijo el señor Devaux. Si no te hubiera encontrado aquí, no hubiera sabido á donde ir . . . . Vd. perdonará mi inquietud, señora, añadió volviéndose hácia la de Péreux; inquietud que me ha hecho olvidar el saludarla á vd. al entrar; pero vd. es madre, y comprenderá lo que puede hacer sufrir la pérdida de un hijo.

—Siéntese vd., doctor, contestó con bondad la señora de Péreux. Ibamos á ir en este momento á casa de vd.; pero puesto que vd. ha adivinado que su hija se hallaba en mi casa, y ha venido vd., hablaremos aquí.

—¿Conque es decir, murmuró Antonina al oído de su padre, tomando su baston y su sombrero para irlo á poner en un rincón, ¿que inmediatamente te supusiste que estaria en casa de la señora de Péreux?

—Esa era mi única esperanza, contestó el médico, limpiándose la frente, sobre la que todavía corría el sudor que hiciera brotar la angustia.

—¿Qué calor tienes, pobre papá! exclamó la jóven. Ya ves cómo puede causar mal el querer que las gentes falten al juramento que han hecho. . . . .

Poco despues, la doncella vino á sentarse so-

bre las rodillas de su padre á quien dijo con voz imperceptible casi:

—Ni una palabra vayas á decirle de la enfermedad de su hijo, ó si no, esta vez tampoco tú tendrás mas hija.

—Y bien, doctor, dijo la madre de Edmundo ¿me rehusará vd. la felicidad de ser madre de esa linda niña?

—¿Qué decia la señora Angélica cuando no me halló? preguntó Antonina, que deseando impedir que la señora de Péreux supiera la causa que impedía á su padre admitir la peticion de su mano, habia tomado el partido de tratar riendo aquel asunto, hasta que se le hubiera ocurrido una buena idea.

—Tres veces se desmayó, y la he dejado cubierta de lágrimas. Hablaba de un figaro con listones punzó . . . de vestido con adornos color de rosa, de modista y de no sé cuantas cosas que no entendia . . . Sin poder yo mismo detenerme, he corrido á aquí. . . . .

—Ya te lo esplicaré todo. . . . .

—¿Amas, pues, decididamente á ese jóven? preguntó el médico abrazando á su hija.

Y la daba repetidos besos, en los cuales se conocia toda esa alegría, todo ese amor delirante de una inquietud deshecha. . . . .

—Ya vd. lo ve, padre mio, puesto que por él he consentido en affligir á vd., lo que nunca me habia ocurrido hasta ahora y lo que nunca me

volverá á suceder, si vd. le concede mi mano, ¿Por qué no me creyó vd. cuando le manifesté toda mi resolución . . . ? Nada de todo esto habria sucedido. . . .

—Vamos, doctor, vamos, interrumpió la señora de Péreux, déjese vd. enternecer. . . . Estos dos niños se aman. . . . separarlos seria matarlos. . . . Tendremos, vd. un hijo, yo una hija de mas, he aquí todo. . . .

El pobre del señor Devaux, conociendo la exaltación de su hija, habia tenido tal miedo de que Antonina se hubiera matado, y habria experimentado tanta felicidad volviéndola á ver, que le faltaban las fuerzas para rehusarla cualquiera cosa.

—Puesto que Antonina lo quiere, contestó á la señora de Péreux, puesto que ha hecho, segun me dice, un juramento, y ha venido á pedirle á vd. su amor en lugar del mio, que se haga como lo desea.

¿Me habia yo equivocado al decirle á vd., madre mia, esclamo radiante de felicidad Antonina, que mi padre es el mejor de todos los hombres?

La señora de Péreux tomó la mano del médico y la llevó á sus labios.

—Voy á deberle á vd. el reposo de mi hijo, dijo con los ojos llenos de lágrimas, y nunca lo olvidaré.

Apenas habia dicho esto, cuando Edmundo,

que entraba, se detuvo admirado ante el cuadro que se ofrecia á su vista.

—Abraza al padre de tu muger, le dijo su madre al verlo; todo está arreglado.

Edmundo se arrojó á los brazos del médico; luego se dirigió á Antonina.

—Es la primera vez que la hablo á vd., la dijo, y ya tengo el derecho de decirle cuánto la amo.

—¿No me lo habia vd. escrito ya? repuso Antonina enseñando la carta que habia escrito por medio de Nichette y presentando su manecita á su novio.

—Doctor, dijo en voz baja la señora de Péreux acercandose al médico, no puede vd. imaginarse cuán feliz me hace su consentimiento! Querrá vd. creer que hasta hoy habia temido que Edmundo estuviera enfermo del pecho como su padre. . . .! Pero desde el momento en que vd., médico de tanto saber, le da su hija en señal de que nada hay que temer, ¡he aquí el dia mas feliz de mi vida. . . .!

—Nada hay que temer en efecto, respondió el señor Devaux: luego hablando consigo mismo en voz baja añadió:

—Ahora es preciso que yo lo salve. La felicidad de todos nosotros consiste en la vida de ese jóven. Va á ser una lucha entre la naturaleza y yo. . . . ¡Tal vez Dios me ayudara. . . !